

Tres semblantes, otras brechas*

Alfredo López-Austin**

RESUMEN

Tres semblantes, otras brechas es el título de la Conferencia Magistral, sustentada por el Dr. Alfredo López Austin, acto de reflexión sobre el propio ejercicio profesional, práctica que en opinión del ponente, debe ser no sólo común y necesaria, sino indispensable. En dicha conferencia se hace primero un análisis del ejercicio profesional, en el contexto de la vida colectiva, movido por razones filosóficas y éticas principalmente, que unen con una larga cadena la definición del oficio con su función social. Para ilustrar su reflexión, el ponente destacó los ejemplos de las enseñanzas de tres maestros: Eli de Gortari, Fernando Martínez Cortés y Ruy Pérez Tamayo.

ABSTRACT

Three semblances, other Ways is the title of the Magisterial Conference of Dr. Alfredo López Austin; it is a reflection of his own personal exercise, which in his opinion is not only common and necessary, but indispensable. In this conference he analyses the professional exercise of the historian first and late of physicians.

Es común y necesaria –dijéramos, indispensable– la reflexión sobre el propio ejercicio profesional. Teoría, conocimiento y arte requieren de mantenimiento, recapitulaciones y eventuales cambios de derrotero. Con frecuencia el análisis persigue la depuración de los métodos, la afinación de las técnicas y la exploración de caminos. Pero en ocasiones el cuestionamiento es más profundo; apunta hacia la ubicación misma del ejercicio en el contexto de la vida colectiva, y es movido no sólo por el afán de la eficacia, sino por razones filosóficas –principalmente éticas– que unen con una larga cadena la definición del oficio con su función social.

Como cualquier otro profesionista, el historiador debe hacer lo propio. En materia de definiciones, la de su oficio debe anclarse en la antigua distinción latina entre *res gestae* y *rerum gestarum*. En efecto, el sustantivo “historia” posee dos significados muy diferentes entre sí, aunque vinculados indisolublemente. En su calidad de *res gestae*, la historia se refiere al flujo incesante de acontecimientos sociales. En cambio, como *rerum gestarum*, apunta al oficio mismo del historiador: es su percepción del flujo de los acontecimientos, su operación intelectual, y el registro que hace de ellos. La primera acepción de la palabra remite a la especie natural que es creadora de cultura: la especie humana, caracterizada por sumar a la herencia de un código genético la otra herencia, la que produce ella misma con su acción y su memoria. El hombre ha fabricado sus manos, sus ojos, su columna vertebral, su cerebro y su palabra, y con ellos se ha hecho. Ha hecho su destino. Su historia es el juego dialéctico de las persistencias y las transformaciones. Su nicho existencial son las contradicciones sociales. Su mayor riqueza, la transmisión de su experiencia, de su historia.

Si la primera acepción de la palabra se refiere a la existencia de ser con memoria, la segunda se dirige a la memoria misma. *Rerum*

* Conferencia Magistral dictada en la Sesión Solemne de Inauguración del Año Académico 2009 (26 de febrero de 2009).

** Doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, Investigador Emérito del Instituto de Investigaciones Antropológicas, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Palabras clave: Ejercicio profesional, Historia, Medicina, Ética, Filosofía.

Key words: Professional exercise, History, Medicine, Ethics, Philosophy.

gestarum, la historia como ejercicio y como producto, es una actividad humana tal vez tan antigua como el canto, como la enseñanza, como la justificación de los actos, y se entreveró con ellos para hacerse verso, precepto, subterfugio y apología. La construcción de la memoria histórica nació de la necesidad social de existir como grupo consciente de sí mismo, y se adhirió a la especie memoriosa para afinarse, en los milenios, como oficio.

En cuanto *rerum gestarum*, la historia ha tenido su propia historia. Historia intensa: intensa por ser conciencia; intensa por ser arte, precepto, apología, justificación y crítica; intensa por estar enraizada en el motor de las contradicciones sociales. Después, en tanto *rerum gestarum*, el historiador pudo descubrir su oficio como hecho social, como *res gestae*, y así, en su calidad de objeto histórico, fue materia de reflexión y de registro: de nuevo *rerum gestarum*. Nacieron, con esta reelaboración especular, la historiografía y la filosofía de la historia, que son fundamentos y guías de los historiadores. Pero, como es obvio suponer, los fundamentos y las guías son producto de las transformaciones y los conflictos sociales, y su pluralidad, diversidad y enfrentamientos forman parte del vivo devenir humano. Véase si no es así cuando fundamentos y guías se manifiestan en el oficio como normas, reglas, teorías, métodos, barreras, tabúes, aperturas, opciones, hasta modas... Resumiendo, que el buen profesionista, el buen historiador, se encuentra sumergido en un constante debate como inevitable sujeto de su época y, por lo que toca a su oficio, como beneficiario de las nuevas rutas.

En efecto, los enfoques de la historia pueden cambiar en forma radical y con ello abrir posibilidades insospechadas de estudio. Un ejemplo está a la mano. No es demasiado vieja la acotación del quehacer histórico que rezaba: la historia es el registro de los

hechos singulares, irrepetibles y trascendentales realizados en el pasado por los individuos notables. Fue ésta una propuesta firme, durable, ampliamente reconocida. Hay aún quien la sostiene como criterio vigente. Pero numerosos historiadores consideraron que no había razón para encajonar tan rígidamente el objeto de su estudio y abrieron las puertas a una concepción más amplia de la acción trascendente en la vida social. Muchos pensadores –y por muchas vías, no siempre compatibles– fincaron nuevas concepciones de la historia. A principios del siglo XX arreciarían las críticas en contra de la vieja historia positivista. Poco después en Francia, a fines de los años veinte, un grupo de científicos sociales dio origen a la después llamada Escuela de los Anales, corriente que postularía, entre otras muchas cosas, la conclusión de la multitud anónima entre los sujetos históricos. De aquella corriente perduran, con la vigencia de las grandes ideas, las enseñanzas de Marc Bloch concretadas ejemplarmente en su libro *Los reyes taumaturgos*; de Lucien Febvre en *El problema de la incredulidad religiosa en el siglo XV*; de Georges Lefebvre en *El gran pánico de 1789*, y de Fernand Braudel en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Ellos pugnaron la “historia total”, la que integra las ciencias sociales, como puede encontrarse en la siguiente cita braudeliana: *Si mis sucesores preferieren estudiar las mentalidades olvidando la vida económica, ¡peor para ellos! Por mi parte, yo no estudiaría las mentalidades sin considerar al mismo tiempo todo el resto... porque no existe una historia autónoma de las mentalidades; ellas están ligadas siempre a todo el conjunto...* o en el argumento de Lefebvre al defender el estudio de la geografía en el marco de la historia:

La geografía está en todas partes y en ninguna. Exactamente como la historia del arte. Exactamente como el derecho. Exactamente como la moral.

Las ideas sobre la historia de estos innovadores tuvieron su debida repercusión en los intelectuales de vanguardia. En los años treinta, la poesía recogió el reclamo del reconocimiento a hombres sin nombre como sujetos de la historia. Bertolt Brecht hizo resonar sus versos con profundo impacto:

*Tebas, la de las Siete Puertas, ¿quién la construyó?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?
[....]
César venció a los galos.
¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero?
[....]
Felipe II lloró al hundirse su flota
¿No lloró nadie más?
[....]
Una pregunta para cada historia.*

De los postulados de aquella generación puede derivar un significado más amplio de la historia como *rerum gestarum*: historia es el estudio de la dinámica social. ¿La historia de los hechos irrepetibles y trascendentales? Sí; pero también la de los hechos constantes, repetidos, que son igualmente trascendentales para el hombre. ¿La historia de los individuos notables? Sí; pero también las historias de las masas creadoras de tradiciones, de cultura, de transformaciones. ¿La del acontecimiento singular? Sí; pero también la del hecho que se prolonga por años, por décadas, por siglos o por milenios. ¿La historia del pasado? Sí, sin duda; pero también la del presente como proceso en marcha, y, tal vez, la de

un futuro avistado hipotéticamente con base en el estudio científico del devenir. En consecuencia, ¿quiénes serían los historiadores? Quienes tradicionalmente han formado parte del oficio; pero también el sociólogo, el geógrafo, el arqueólogo, el etnólogo, el jurista, el periodista en su aprehensión de hoy. En fin, todo aquel que a partir de la ciencia social se ha entregado al estudio de los secretos del discurso social. Tal vez hasta el político –y aquí llamo político al sabio en la materia– que construye los llamados “escenarios” para interpretar el flujo de la corriente colectiva o para intervenir en ella. A la pregunta crítica de si será muy amplia una definición así podrá contestarse que sí, tan amplia como sea necesario para abarcar a quienes quieren entender la marcha del ser humano.

Lo anterior queda dicho respecto al oficio de la historia. Otro tanto puede decirse del oficio de la medicina. Si el historiar es una actividad del remotísimo origen, el curar lo es más, pues parece ser anterior al amanecer mismo de la especie. La intervención sabia de un miembro de la colectividad en auxilio de otro –víctima éste de la enfermedad y del dolor– fue la semilla de un oficio. La intervención exigió tales conocimientos al primero, benefició tanto al segundo, afectó de tal forma el entorno grupal y fue tan justamente reconocida por la sociedad, que el oficio se arraigó como uno de los más importantes y complejos de toda colectividad humana.

La importancia y la complejidad del oficio médico han crecido exponencialmente. ¿Cómo referirse a él en pocas palabras? Lo más conveniente es elegir unos cuantos de sus aspectos sobresalientes. Pudiera utilizarse metafóricamente el término “facetas”; pero los poliedros dirigen cada una de sus caras –independiente de las otras– hacia un punto diferente en la distancia. Es preferible otra metáfora, la que implica la interrelación de todos los aspectos. Tal vez el término adecuado sea, *antropomorfizando* al oficio, “semblantes”. Se mencionarán aquí, por tanto, tres semblantes de la medicina.

Hay un viejo mito de los mayas septentrionales que relata la forma en que el dios Oxlahún-oc fue creando los días que conformaban el mes. Las mujeres de la familia –su abuela, su tía abuela, su tía, su cuñada– instaron al dios a salir de su casa, pues habían oído que ya había gente en el camino. Salieron todas con él para dirigirse al oriente; pero a nadie encontraron. Aún no habían sido formados los hombres. En el oriente, sin embargo, hallaron el camino, pues estaban las huellas de quien había formado una senda. “Mide tu pie”, ordenó la Señora del mundo a Oxlahún-oc, y Oxlahún-oc, cuyo nombre significa “el de los trece pies”, fue colocando cada una de sus plantas en cada una de las huellas, sobre las marcas dejadas por un desconocido que sin duda poseía veinte pies. Así a partir del oriente, las huellas preexistentes y los pasos superpuestos fueron formados los nombres de los días. En su primer paso el dios colocó la planta de su primer pie en la primera huella, y pudo pronunciar el nombre del primer día: Uno Mono. Sacó entonces de sí mismo su propia divinidad para formar el cielo y la tierra. El segundo día fue Dos Diente. Hizo la escalera para que la divinidad bajara en medio del cielo y en medio de la tierra. El día Tres Caña nacieron por la voluntad del dios las criaturas de los cielos, del mar y de la tierra. El Cuarto Jaguar se curvaron uno sobre otro el cielo y la tierra. El Quinto Águila el mundo empezó su movimiento. Y así sucesivamente fue creándose el mes y, con el nacer del tiempo, el del mundo.

Mucho puede aprenderse del mito de Oxlahún-oc; pero sin duda una de las mayores enseñanzas es que hasta los dioses han de pisar las huellas de quienes han precedido en los caminos.

Y un camino, precisamente, lo marcó para muchos de sus alumnos Eli de Gortari en sus cursos de “Metodología”. Al clasificar las ciencias, precisaba que la medicina no podía ser ubicada por completo en el marco de las ciencias naturales, puesto que también pertenecía a las ciencias sociales. Hablaba así un científico que poseía muy amplia visión del pensamiento humano. Formado en el campo de la ingeniería sanitaria, había pasado al campo de la filosofía por considerarla rectora de la acción social. Como muchos otros filósofos, su reflexión derivaba en buena parte del ejercicio del oficio del historiador. Uno de sus libros más apreciados es, en efecto, *La ciencia en la historia de México*.

El semblante social de la medicina remite a la profunda naturaleza del oficio. Desde esta perspectiva, trasciende la relación entre el médico y el paciente. A los participantes centrales del vínculo suma muchos otros, hasta envolver directa o indirectamente en su proceso a todos los integrantes del gran conglomerado. Es la sociedad la sana o la enferma, la protegida o la desvalida. La acción médica se multiplica, se diversifica y se amplía. La visión extendida permite ubicar en el vasto panorama social los más recónditos orígenes del daño real o potencial y las fuentes más viables del remedio. Como sucede con la historia, el aspecto social de la ciencia médica provoca la reflexión, la retrospección, pues debe conocerse y actuar en el nicho social con la eficacia y la responsabilidad que se fincan en la conciencia realista. Los fines del oficio cambian, se amplían considerablemente, y la gran beneficiaria pasa a ser la colectividad. Como ciencia social, la medicina tiene como meta última el bien común.

El segundo semblante del oficio médico se refiere en gran parte a la eficacia. Sin duda el acelerado desarrollo tecnológico se ha convertido en un arma imprescindible en la medicina moderna. Sus éxitos han derivado, por necesidad, a la especialización, y ésta es una de las características más notables de la medicina actual. Sin la especialización y sin el auxilio de todos los recursos de la tecnología moderna en su continuado proceso de perfeccionamiento, no se pudieran enfrentar los gigantescos requerimientos del presente. Sin embargo, la especialización conlleva riesgos. El ejercicio de la medicina conduce en ocasiones a la formación de una pléyade de comportamientos estancos. Los enfoques se vuelven tan específicos que producen la ilusión de que la atención profesional debe dirigirse hacia una parte de un organismo, no hacia un ser humano. En otras palabras, la especialización mal entendida puede alejarse del tronco común de la ciencia médica; abandonar el sentido filosófico del oficio, y llevar a la clínica a un ejercicio deshumanizado.

Por fortuna, se ha reaccionado contra esta tendencia. Fernando Martínez Cortés marcó profundamente otro de los senderos que corrigen el derrotero del oficio médico. Su preocupación central lo ha dirigido por una parte a los estudios filosóficos, y por otra, complementaria, a la historia de la clínica. Precisamente, la influencia más directa de su pensamiento ha sido sobre los médicos en formación, en la cátedra, sobre todo en sus cursos de “Filosofía de la medicina”. La enseñanza se ha prolongado, en la dirección de seminarios integrados por colegas y alumnos. En ellos la discusión de los participantes ha formado escuela. La concepción de su modelo de clínica se ha difundido en su obra escrita, abundante y de pluma sabia, pulcra y gustosa, pluma que sabe navegar en las aguas de la literatura. Y la clínica, tal como él la concibe, se hace puntual en el ejercicio médico de quien obedece su propia prédica.

Para crear su modelo, Martínez Cortés recurre al tronco filosófico común de la medicina, reforzando la conciencia social del

oficio en el estudio de la historia. En efecto, Martínez Cortés es formalmente un historiador, y entre sus obras está la dirección de la *Historia general de la medicina en México*. La clínica propuesta por Martínez Cortés se centra en una relación social de un tipo muy específico, como específicos son los caracteres del médico y del paciente; ambos participantes son seres complejos, y es compleja la relación social entablada. Según los postulados de Martínez Cortés, el paciente no puede ser enfocado como un mero organismo que sufre un daño. Es un ser humano con la totalidad de sus dimensiones físicas y mentales; un ser, además, que entrelaza y conforma su propia existencia en una red de interrelaciones. Esto no puede ser ajeno a la clínica. Siguiendo la definición aristotélica, el doliente, el enfermo, quien recurre a la competencia eficaz y sabia de su semejante, es el animal político. Ni su vida, ni su enfermedad, ni curación, ni esperanza tienen como límite su piel. En suma, para Martínez Cortés la práctica de la medicina ha de regirse por una perspectiva cabal y realista del hombre. La clínica es el vínculo que se establece entre dos hombres totales.

El segundo semblante de la medicina, la concepción humanista de la clínica, se orienta a la práctica eficaz, y lo hace bajo la concepción moral del ejercicio. Bien se sabe que la moral se nutre en la filosofía y que regresa dialécticamente a ella para acendrarse en forma de ética. En el tercero de los semblantes del oficio vuelven a conjugarse la medicina, la filosofía y la historia, y lo hacen como ética médica. Sin duda es fructífera la vía que ha marcado el autor del libro *El concepto de enfermedad. Su evolución a través de la historia*. Ruy Pérez Tamayo postula firmemente que la ciencia es una actividad humanista por excelencia, y resalta su función liberadora. A partir de su concepción general de la ciencia, Pérez Tamayo define lo que es y lo que no es ética. Niega la posibilidad de una ética médica de valores cristalizados, inamovible. Por el contrario, introduce en su concepción de ética médica la relatividad temporal de los valores, y se sitúa en la particularidad de nuestro tiempo. Es ésta una época específica, nos dice, caracterizada por ásperos debates sociales, éticos, políticos, ambientales, económicos y religiosos en torno a los trasplantes de corazón, la fecundación *in vitro*, el uso terapéutico de proteínas y otras sustancias recombinantes, la genética médica, la posibilidad de clonación humana, el uso de alimentos modificados genéticamente, el desciframiento del genoma humano y el posible uso terapéutico de células estaminales derivadas de embriones humanos. Las soluciones no son fáciles. La ética de hoy y la del próximo mañana se debaten en sus intrincadas problemáticas, inmersas con frecuencia en la oscuridad producida por la ambigüedad conceptual. Entre otros desvíos, señala Pérez Tamayo, está la confusión de lo moral con lo religioso.

La ética médica precisada por Pérez Tamayo se dirige al estudio de los valores, principios morales y acciones relevantes del personal responsable de la salud en el ejercicio de los objetivos médicos. Para Pérez Tamayo, conforman dicho personal los médicos, las enfermeras, los técnicos y los funcionarios de la institución.

Cabe agregar que en su libro *Ética médica laica* queda establecida su postura frente a la realidad contemporánea, en estos tiempos en que el laicismo, “otra base fundamental del México independiente”, se encuentra en estrecho. Y habría que agregar, en estos tiempos en que un reflujo de oscurantismo atenta contra la ciencia.

Se han visto, en resumen, tres semblantes del oficio médico: la medicina en su aspecto de ciencia social; la medicina en su ejercicio eficaz, fundado en la práctica médica y en la moral médica, y la

medicina como generadora de una ética médica que norma valores, principios y acciones del personal responsable de la salud. Son tres semblantes interdependientes, unidos los tres por el entrelace de la medicina, la filosofía y la historia.

Se ha tocado el tema de las posibilidades de estudio que se abren en nuestros días frente a la historia *rerum gestarum*. Lo anterior es aplicable tanto a la historia en general como a cada una de sus ramas. Frente a la historia de la medicina, la riqueza temática florece provocativamente, incitando a la exploración.

Ante la abundancia de posibilidades se recurre al ejemplo. Éste puede enriquecerse con las enseñanzas de los tres maestros mencionados, tocantes a las concepciones de la ciencia y de la medicina. Hágase hincapié en las funciones primordiales de la ciencia: la ciencia es para la acción; la ciencia es guía de la acción. A su vez, la ética ha de ser faro de la ciencia, y que la ética tiene como meta máxima el bien común.

Reconocidas estas bases, es posible concebir para su estudio dos complejos históricos de diferentes dimensiones: por una parte, el complejo que se integra con el ejercicio del oficio médico; por la otra, el gigantesco complejo de la salud pública. Elegido como ejemplo este último, habrá que limitar su enunciado al carácter práctico de la ciencia histórica como guía de la acción.

En el complejo de la salud pública los sujetos de la historia se multiplican hasta abarcar a todos los participantes de sus múltiples procesos: son sujetos de esta historia el personal responsable de la salud; los participantes, y con ellos los no pacientes (es decir, los que sí padecen males; pero están marginados del vínculo clínico); lo son las instituciones de salud públicas y privadas, y los industriales farmacéuticos, y los funcionarios gubernamentales –todos– en su capacidad decisoria sobre asuntos de salud; y las universidades, y los maestros, y las aseguradoras, y los empresarios, y los intelectuales, y las iglesias... ¿Quién queda al margen de esta red vinculatoria? ¿Quién puede excluirse como actor, negado el peso de sus propios actos en un proceso fundamental para la vida social?

Sítuese el proceso histórico en un segmento de tiempo. Puede elegirse el hoy, incluidos su proyecto y su atisbo de mañana. De ser así, la ciencia histórica y la acción demostrarían plenamente sus nexos. El actual devenir de la salud pertenece a una historia *res gestae* que en lo nacional y en lo mundial globalizado es preocupante. Hoy aparecen como realidades plenas las que hasta hace poco se ocultaban bajo la capa de graves advertencias. Son realidades sociales, económicas, políticas y ecológicas que abruptamente rasgaron sus velos. Son procesos en avanzada marcha. Ya hay conciencia mundial del rumbo que sigue la especie humana; pero todavía trata de acallarse la conciencia y la aceleración del rotor parece ser mayor que el incremento de los hombres conscientes. La historia –las historias, en todas sus ramas– deben cumplir ahora la urgente función de mostrar realidades.

Conocer para actuar. Se hace presente de nuevo el aspecto ético planteado por Pérez Tamayo. Su propuesta no sólo es válida, sino que reclama seguidores para desarrollar sus bases filosóficas en el espinoso campo de la medicina mexicana contemporánea. Pero al ampliar el radio de comprensión –del oficio médico a todo el complejo social que atañe a la salud–, cambian no sólo los factores históricos, sino los actores morales. En el radio reducido del oficio, como se hace dicho anteriormente, Pérez Tamayo señala como actores morales a los integrantes del personal vinculado a la atención médica. Ellos son los responsables. En cambio, en el campo vasto del complejo social de la salud, el papel de los médicos se ha desplazado considerablemente. Su acción está acotada. Hay grandes lineamientos de la práctica médica que no derivan de su decisión: los dictan la industria farmacéutica, las instituciones hospitalarias privadas, los industriales de la tecnología terapéutica o las compañías aseguradoras. Ante este poder, el Estado mismo ha cedido; se ha adelgazado selectivamente; abandona paulatinamente sus instituciones que fueron de avanzada; desregulariza –también selectivamente– su acción gubernamental, y entrega poco a poco la salud de la población mayoritaria al juego de las leyes del mercado médico. Esta realidad es mostrada ideológicamente: se la presenta machaconamente como inevitable, como irreversible. Ante ella, ¿qué puede hacer la ética? La moral requiere de seres responsables. La empresa no tiene rostros, ni conciencias, ni más fin que el de la ganancia. Las débiles regulaciones gubernamentales disminuyen en su beneficio. La empresa, en resumen, es un ente moralmente irresponsable. Hay una contestación sencilla, directa, de una empresa farmacéutica trasnacional que puede servir de muestra. Cuando a sus directivas se les reclamó la falta de atención al mal de Chagas –enfermedad de pobres, investigación no reddituable–, simplemente dijeron: “No somos una institución de beneficencia; somos un negocio.” Y en el fondo hubo razón en la respuesta: eso es una empresa. El problema no está en las empresas (que eso son), sino en el sistema mundial que les ha delegado las funciones directrices –irresponsabilizadas– de la existencia de la especie humana.

¿En quién debe recaer, entonces la responsabilidad? En el vasto campo del complejo social de la salud, la lucha contra una medicina deshumanizada atañe a la gran población comprendida en el proceso histórico. La guía valedera seguirá siendo la ciencia en general, fundada en la ética y en la historia. Los médicos, ahora rebasados por la pujante fuerza sin rostro, habrán de ser quienes señalen los lineamientos, y habrán de hacerlo imbuidos de la concepción humanista.

¿Utopía? ¿Acaso fue menos utópica la proclamación de la infalibilidad de las leyes del mercado? ¿Por qué se ha de considerar utópica la acción del hombre de defensa de sí mismo?